



# LA HOJA de PARRA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Santa Isabel, 45. Apartado 547.—Teléfono 1.843  
Horas: de 9 mañana á 4 tarde

CARAS BONITAS



## SUMARIO

- CESAR JALON**  
Sección vermouth.
- F. DE LA ESCALERA**  
La noche antes.
- EUGENIO DE CASTRO**  
Para adormecer á Lidya.
- IGNACIO MUÑOZ**  
El otro género.
- CATULO MENDES**  
La Belleza y el Amor.
- ADOLFO RUBIO**  
Fáciles amores.
- ALEJANDRO SAWA**  
El desfile.
- A. RODRIGUEZ DE LEON**  
Sonetos.
- TINO, PACO MATEOS,  
RINCON y BÉTICO**  
Varios dibujos y retratos de  
Enriqueta René, María Re-  
beca y «Raffles».



### ENRIQUETA RENÉ

*Se ve que es muy guapa; sabe todo el mundo que es excelente cupletista. ¿Qué podemos poner debajo de esta mujer, que ya no sepa el lector? Debajo, nada. Encima... encima pongan ustedes lo que quieran.*

**5 cénts.**



## La desunión de "varietés,,

**N**o creo que haga tres meses de la fundación de un Centro para uso de los artistas de *varietés*.

No hará mucho más, puesto que ayer oí a una bailarina decir, refiriéndose a la fecha de que databa su pertenencia al Centro, que ella —la artista— estaba allí de un mes á esta parte, y que la que más, estaba de dos meses.

Pero mes arriba, mes abajo, ello es que el tal Centro no ha durado un semestre, y que las hijas de mi alma andan por ahí «descentradas», esto es, sin Centro.

Por cierto que lo ocurrido en el Centro de referencia es más grave que cuanto pueda ocurrir en el propio centro de gravedad de la Tierra.

Y si no, juzguen ustedes.

Unos artistas del sexo fuerte, sí, pero cuyos trabajos no fueron jamás trabajos

forzados, idearon constituir la Unión de Varietés, por aquello de que la unión hace la fuerza.

—¿Y para qué quieren ustedes la fuerza? —interrogó la primera cupletista á quien se brindó el ingreso en la sociedad.

—La fuerza, la verdad, la fuerza no nos preocupa mucho; lo que nosotros queremos es la Unión. Usted, por ejemplo, podría ser la primera socia propietaria.

—Caray, la primera propietaria, no está mal; pero para ser la primera socia, maldito si me hace falta la Unión.

Claro que, tras de estos dimes y diretes, la mujer acabó por ablandarse y se comprometió, desde luego, á contribuir con su particular esfuerzo al sostenimiento de la Sociedad.

Y á los pocos días, después de vencer obstáculos semejantes, los fundadores de la Unión de Varietés contaban ya con numerosas artistas y sus correspondientes esfuerzos.

Estos esfuerzos, pequeños el primer mes, fueron mayores el segundo, aumentaron el tercero y sabe Dios hasta dónde hubieran llegado esos esfuerzos si transcurre otra media docena de meses.

Pues bien; con el esfuerzo común traducido á dinero, la Junta directiva de la Unión adquirió local, mobiliario; decoraciones, ¡la Biblia!...

Y cátrate que, apenas transcurrido el primer mes, ya tenían los socios y las socias un Casino en regla. Que no es poco montar un Casino en regla apenas pasado un mes.

## CHIQUILLADAS



—No la tires al suelo, Carlitos.  
—¿Adónde quieres entonces que la tire?

Sin embargo, pese á la buena intención de los socios fundadores, la Unión

Artística de Varietés se ha venido abajo. Pero es la primera vez que, desde que el mundo es mundo, se da el caso de que un Centro en donde tiene entrada la mujer, se venga abajo por causa del hombre.

La Unión Artística de Varietés no se ha roto por causa de «ellas», sino de «ellos».

Los artistas machos son los que se han puesto como chupa de dómine y tirado los trastos á la cabeza, como verduleras.

En cambio, ellas no se han tirado nada, ó se han tirado únicamente, que yo sepa, la consiguiente plancha.

Ni una sola artista ha dicho allí esta boca es mía. Ni ha habido entre ellas el más leve «quítame allá esas pajas».

Y mientras tanto, los hombres han deshecho la Unión, y, según se dice, hanse repartido equitativamente el mobiliario del Centro.

—A ver, ¿con qué mueble me corres-

EL DISGUSTO DE LOS ABONADOS



—¿Pues y yo, que estaba abonada á sombra, y he tenido que conformarme con una sombrilla?

UN FRANCÉS A DIVINO



—Pues ya usted ve: mi novio no me ha besado más que cinco veces.

—¡Oh! Tres bien, demoiselle.

—Sí, señor: tres bien, y dos mal.

ponde cargar á mí? —entró preguntando anteayer un equilibrista.

—Ninguno, señor. ¡Como no quiera usted cargar con una mujer!

—La mujer es un mueble inútil -- rezongó el rey del equilibrio, parodiando á Schopenhauer...

Y he aquí rota y deshecha la Unión de Varietés por el arte de birli-birloque, único arte que dominan completamente los autores de la desunión.

Yo doy cuenta del sucedido para poner de relieve que en esa Sociedad de mujeres, y de mujeres de *varietés*, las hembras se han comportado como hombres, y... nada más.

CÉSAR JALON

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse á la

Imprenta de "Ediciones España,"  
Calle de Santa Isabel, 45.

## La noche antes.

**S**u linda cabecita de frente sofiadora se hundió en el suave almohadón, entornó después los ojos voluptuosamente y se quedó extática mirando, sin ver, la pantalla azul. Elena advirtió que su fantasía volaba, volaba...

Mil veces antes de ahora, añoró ella el matrimonio en medio de sus tristes nocturnos de soltera, en sus veladas pecaminosas de virgen; mas nunca sintió como en éste su crítico momento la emoción de la proximidad: ahora, sí; en su frente se abría de par en par, con toda su aparatosa magnificencia, la idea del matrimonio en sus más solemnes funciones maternales.

Elena, con movimiento instintivo, se acariciaba bajo el ropaje tibio las intimidades exquisitas de su escultura. Y mientras, con la fantasía evocaba la brava silueta de su novio, dominándola, avasallándola entre sus brazos y entre sus besos con la nerviosa intrepidez del gladiador que triunfa.

A Elena se le escapaban los suspiros de la boca; sentía los labios ardiendo, el cuerpo rendido, agostado, y, á intervalos sonreía dichosamente ante el ensueño, con

esa graciosa sonrisa femenina que es la más ática portada del placer.

Y pensaba...

Pensaba en su esposo del día siguiente, en sus novios pasados, en todas las palabras de amor que de distintos amadores, todos platónicos, oyó en su vida.

—¿Será delicado? ¿Será brutal?... Este no será tímido, como Arturo, que para darme un beso se puso sonrojado; por cierto que aquel beso apenas lo percibí: me lo dió en el aire... ¿Será impetuoso? ¿Será ceremonioso? ¿Será brusco?...

Esta vez sonrió más dichosamente que nunca.

—¡No; será ardiente, rápido, si él no tiene paciencias seniles: lo sospecho, lo adivino.

En esto, miró en torno y se vió en la gran luna del armario, le dió vergüenza y apagó la luz, sacando presurosamente de entre la sábana el brazo mórbido y desnudo y doblando el botón de la electricidad.

Entonces la alcoba quedó envuelta en una poética penumbra plateada; porque la luna, que entraba de lleno por la cristalería del balcón, cerniéndose por los visillos, llegaba hasta el lecho, sin duda para darle á la joven su ósculo postrero de pureza.

Elena nuevamente se arrojó: metió todo el cuerpo bajo la envoltura del lecho, hasta los ojos; quería aprovechar todo el calor de la ropa, oler á carne palpitante, sumirse en plena atmósfera lasciva. Allí, quieta, convulsa, se enroscó, se agazapó, con el ensueño en la frente, y al cabo se durmió.

### «PITI» PESA MUCHO



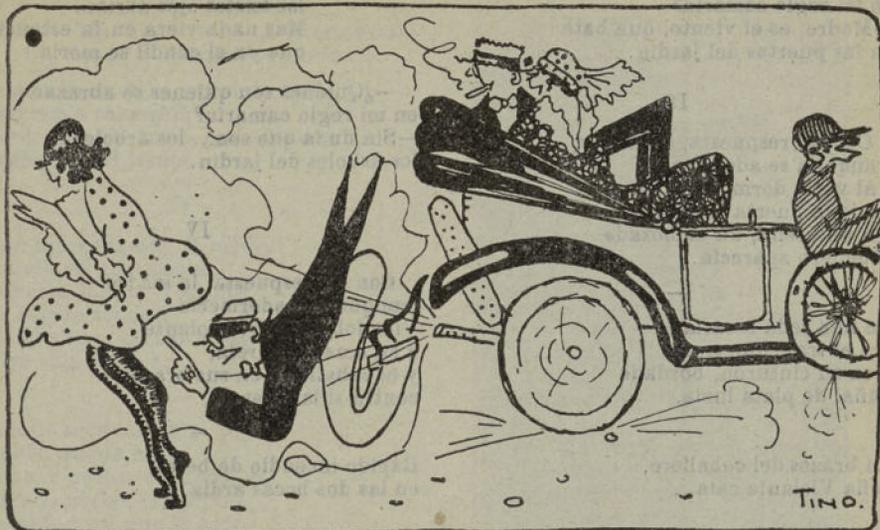
Mateos

—Mira, «Piti», vamos á tener que ensayar otras posturas, porque para éstas estás ya muy desarrollado...

### II

Salen todos de la iglesia, en donde se acaba de celebrar el matrimonio. Van subiendo sucesivamente á los carruajes; los novios, deseando cuanto antes terminar el ce-

## DESPUÉS DE UN ATROPELLO



—Mire usted bien, Pedro, á ver si le hemos estropeado el vestido á esa infeliz...  
—Sí, señorita; está muy estropeado.

remonial, se refugian por fin en el mullido fondo de su coche.

Van al hotel...

Y cuando, al trote fogoso de los caballos, la berlina de los novios arranca, él, abrazándola emocionado, rendido, le dice:

—¡Rica mía de mi alma, por fin! ¿Te alegras? ¿Verdad que te alegras?... Hubo un momento en que lo he dudado, mirándote. ¡Porque estás tan pálida, tan ojerosa, tan blanca, que me creí que ibas al sacrificio!

—Tonto... ¿Qué estás diciendo? ¡No ha gas caso de mi palidez, por Dios! Es que... ¿No ves tú que por las vísperas se conocen las fiestas...?

Ella se ruborizó; él sonrió en triunfo, adivinando... Sonó un beso.

El coche atravesaba con la arrogante rapidez digna de la carroza de la felicidad, por el centro de la población, lleno de gente. Luego miraron hacia afuera con miedo. Y vieron que hasta el balcón de los edificios estaba empavesado por el sol.

FRANCISCO DE LA ESCALERA

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

## Para adormecer á Lydia.

CANTIGA ERÓTICA DEL GRAN POETA PORTUGUÉS  
EUGENIO DE CASTRO

## I

Media noche, media noche  
de la alta torre caía...  
En su regío camarín,  
doña Violante cosía.  
Tela que estaba cosiendo,  
fina plata parecía.  
Brillante manto de seda  
su esbelto cuerpo envolvía,  
y el anillo de su dedo  
flechas de oro despedía.

Al lado de ella, su madre,  
en lecho de oro, dormía.

## II

Pasos se oyeron lejanos,  
pasos de alguien que venía;  
y oyéndoles, la Princesa  
hacia la puerta corría...

(Con el ruido, la su madre  
los tristes ojos abría...  
Mas nada viera en la estancia,  
que ya el candil se moría.)

—¿Quién anda, quién... en las puertas  
de mi regio camarín?

—Madre, es el viento, que bate  
en las puertas del jardín.

## III

Con tal respuesta, la madre,  
tranquila se adormecía,  
y al verla dormir, Violante  
hacia la puerta corría,  
y á una seña, un embezado  
caballero aparecía.

De fina seda escarlata  
era el traje que traía,  
y en su cinturón, bordado  
puñal de plata lucía.

En brazos del caballero,  
doña Violante caía...

(Con el murmullo, la madre  
los tristes ojos abría...

Mas nada viera en la estancia,  
que ya el candil se moría.)

—¿Quiénes son quienes se abrazan  
en mi regio camarín?

—Sin duda que son... los árboles...  
los árboles del jardín.

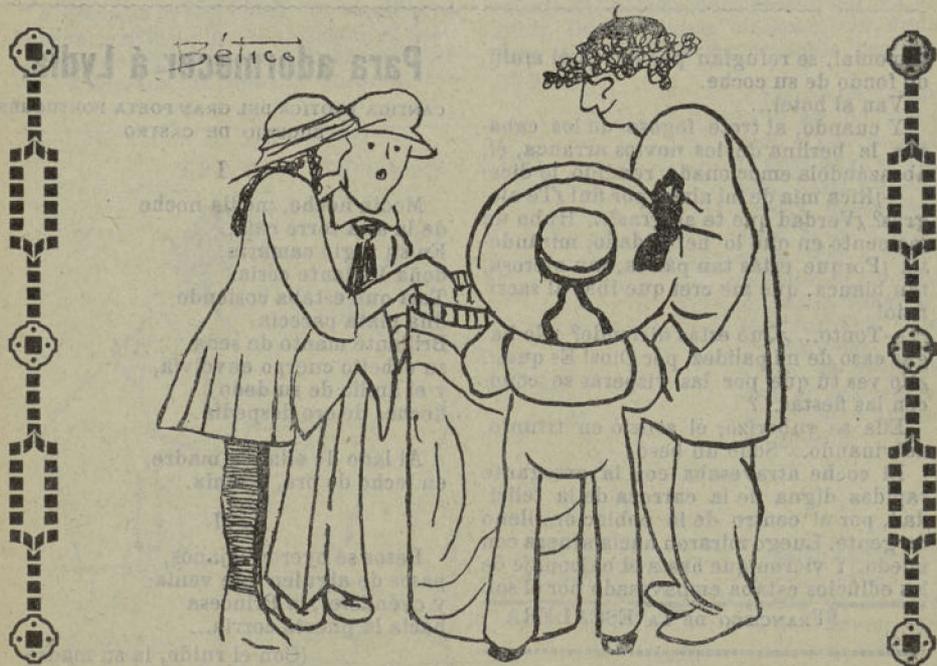
## IV

Con tal respuesta, la madre  
tranquila se adormecía...

Viéndola dormir, Violante  
á su amado sonreía,  
y el caballero, en sus brazos,  
contra sí la retenía...

Rápido incendio de besos  
en las dos bocas ardía.

## JUGANDO Á LA INGLESA



—No juegues más, rica. Llévate los cinco que ganas, no te vaya á reñir la chacha.  
—¡Sí; creará usted que mi chacha se conforma con cinco!

(Al rumor de aquellos besos,  
sus ojos la madre abría...  
Mas nada viera en la estancia,  
que ya el candil se moría...)

—¿Quién es, hija, quien da besos  
en mi regio camarín?

—Madre, es el viento, que arrastra  
hojas secas del jardín.

## V

Con tal respuesta, la madre  
tranquila se adormecía,  
y al verla dormir, Violante  
á su amado sonreía,  
y el caballero, en sus brazos,  
contra sí la retenía.

Era de seda bordada  
el jubón que la ceñía.  
Contra el pecho, el caballero,  
contra el pecho, la oprimía,  
con tal fuerza, que la seda  
de su corpiño, crujía;  
y á aquel crujir, la su madre  
los tristes ojos abría...

—¿Quién hace crujir la seda  
en mi regio camarín?

—No es la seda; son las fuentes...  
son las fuentes del jardín.

## VI

Con tal respuesta, la madre  
tranquila se adormecía...  
Viéndola dormir, Violante  
á su amado sonreía.  
El caballero, en sus brazos,  
contra sí la sostenía...  
y á los besos del amado,  
sus lindos senos abría;  
y el caballero besaba...  
besaba... que parecía,  
no que estuviera besando,  
antes que en ellos mordía!

(Con el murmullo, la madre  
los tristes ojos abría...  
Mas nada viera en la estancia,  
que ya el candil se moría...)

—¿Quién virgenes senos muerde  
en mi regio camarín?

—¡El jardinero es, ¡oh, madre!,  
que gusta la fruta verde...  
verde... y virgen del jardín!

(TRAD. DE V. DIAZ-PEREZ)



María Rebeca

*Esta simpática bailarina ha armado una verdadera revolución entre los chicos de La Hoja, por su arte soberano. La muchacha, comprendiéndolo así, nos ha ofrecido una entrevista, que publicaremos en breve.*

## El otro género.

(Continuación.)

Hay una predisposición injustificada contra el género infimo, que acaso obedezca á que en él se han refugiado muchas mujeres que nunca han saludado al Arte ni con una ligera inclinación de cabeza, y á que en él también han borseado sus necesidades infinitos autores completamente ayunos de ingenio y de sentido común.

Son incontables las furcias que han desfilado por esos escenarios de Dios, y los escritorzuelos que han conseguido ver representados sus disparates de adolescentes ó caducos.

¿Tiene de ésto la culpa el género?

En el género infimo, por regla general, se canta al placer y al amor y se estimula al hombre para traducir en caricias los anhelos de su alma; las desnudeces de los pueblos primitivos, los vicios de la sabia Grecia y hasta las aberraciones de la Roma pagana, recursos nada más para procurar la continuación de la humana especie en una escala ascendente y progresiva, fueron los padres legítimos de esta forma del Arte, que hoy sólo parece condenable y pecaminosa á los estultos y á los hipócritas. El hombre, antes como ahora, ahora como luego y como siempre, necesita una espuela que enardezca su sangre y le haga caminar al trote, cuando menta, por los senderos de la vida.

¿Que el género infimo es inmoral porque

va muy ligero de ropa? ¡Entonces también serán dignos de condenación esos admirables cuadros de nuestros grandes pintores, en los que ni la más ligera hoja de parra cubre á las vírgenes.

Dadle á este género siempre libros y artistas, autores é intérpretes, y la Historia lo reverenciará como á una nueva muestra del talento humano.

Y copiemos ahora, más ó menos fidedignamente, otras opiniones de excelentes *estrellas* que brillan con luz propia en el cielo de este género tan combatido.

«¡Las desazones que yo habré proporcionado en este mundo con esta inocencia de daga damasquina que Dios me ha dado, y con esos molinetes inimitables de mi exclusiva invención!

No lo querrán ustedes creer; pero ha habido noche que he tenido hasta cincuenta pretendientes. ¡Cincuenta! ¡Qué bárbaros! ¡Ni que fuese una de bronce ú peña!

Cuarenta y nueve desahuciados, claro está, y cuarenta y nueve esposas, más ó menos legítimas, que en su vida me agradecerán bastante el beneficio que yo les hice aquella noche.

Tengo un sincero y cariñoso entusiasmo por mi arte. O los hombres de esta generación son unos ingratos, ó se apresurarán á levantarme, cuando yo me muera, una estatua de oro en actitud de marcar me la rumba ó la *mat-chicha*. Y no va más.

*Antonia de Cachavera.»*



—Usted, que es tan galante, bien podía coger mi catarro de nariz.

—Mujer, aguarda á que te baje al pecho, y ya te lo cogeré entonces.

## MODELO DE... TIMIDEZ



— Señor pintor, esa forma de empuñar el pincel me da miedo.  
— ¡Vamos! ¿Conque no les da miedo á las señoras, y le va á dar á usted?

Mi opinión sobre el género infimo queda concretada en las anteriores líneas y en dos obras de misericordia: «enseñar al que no sabe» y «dar de comer al hambriento».

*Ninón.»*

«Sí, señor: me gusta mucho más el género infimo que la zarzuela; estoy más en mi centro... y mi centro, sobre todo.

Yo no sé lo que les pasará á los morenos cuando me vean en paños menores; pero se puede deducir por lo que me pasa á mí cuando los veo á ellos vestidos y todo.

¿La carne es un enemigo del mundo?  
¡Calculen ustedes lo que sería un mundo vegetariano, en el sentido más carnal de la palabra!

¡Hay cada solomillo, que nos pone la carne de gallina!

*Conchita Vergara.»*

«¿Quién ha dicho que yo estoy despechada?

¡Algún sinvergonzón que se me asomó al descote y se dejó las niñas de sus ojos en mi seno!

El género infimo y mi novio son mis dos grandes amores: por el primero luzco todo lo que Dios me dió, que es mucho y bueno, y por el segundo he aprendido...

¡María Santísima, y lo que puede enseñar un hombre!

¿Que si pienso cortarme pronto la coleta?

Yo tengo que morir sobre la arena... si no hay otra cosa más blanda que la arena...

*Carmen Ibáñez.»*

Nos quedan otras interesantes opiniones, que reservamos para otro rato de buen humor.

IGNACIO MUÑOZ

=====

EN BREVE

“Escenarios madrileños,”

por CÉSAR JALÓN

=====

# DEL CERCADO AJENO

..... LOS GRANDES CUENTISTAS .....

**La belleza y el amor.** Un día llegó á una gran ciudad una niña hermosa, rubia y joven, pues apenas contaba diez y seis años, llevando en su semblante retratadas la alegría y la satisfacción; vestía un traje escarlata como el que las labradoras usan.

¿Quién era aquella niña hermosa? ¿Cómo se llamaba? ¿De dónde venía? Esto es lo que yo no puedo decirlos, pues lo ignero como vosotros mismos.

Cuando esa niña, que no era otra que la Belleza, llegó á la ciudad, encontrése asombrada al ver aquella multitud de edificios y el inmenso gentío que por las calles discurría, y, confusa y atontada, se preguntaba: «¿Cómo me arreglaré para encontrar, entre tantas casas, las que tengo que visitar?» Pero divisó, no muy lejos de ella, á un joven cubierto de oro y pe-

drerías. Como llevaba un careax á la espalda, debía, sin duda, ser un cazador real que la miraba complacientemente.

—Señor —le preguntó ella—, ruego á usted haga el favor de decirme si es usted de esta ciudad.

—Niña hermosa —respondió él—, yo soy de todas las ciudades.

—Y en ésta, donde nos hallamos, ¿conoce usted á mucha gente?

—Aquí, como en todas partes, conozco á todo el mundo.

—¿Podría, pues, enseñarme el domicilio de algunas personas á quienes mi madrina, que es mi buena consejera y un tanto hada, me ha encomendado que visite á mi llegada?

—Ciertamente que puedo hacerlo.

—Pues bien: hágame el obsequio de decirme dónde viven los Sueños.

—En mi casa.

—¡Ah! ¡Qué feliz encuentro he tenido! Y la Esperanza, ¿dónde vive?

—En mi casa.

—¡Maravilloso!

—dijo—. ¿Y las Delicias?

—En mi casa.

—¡Eso es admirable!

Y no dándose cuenta de tanta dicha, quería ir, más que corriendo, velando á la habitación de aquel joven, que debía, sin duda alguna, vivir en un muy regio y suntuoso palacio donde daba hospitalidad á huéspedes semejantes. Mas conforme iba adelantando en su camino, modificaba su alegría.

—Pero —dijo la Belleza—, éstas á cuya casa me cen-

## COSAS DE BÉLGICA



—Oye, Maruja: ¿á qué entraste anoche en la habitación del alemán?

—Pues entré á... recomendarles que trataran á los habitantes con dulzura.

ducis, no son las únicas personas á quienes mi madrina me ha recomendado que visite. También me ha nombrado otras que no deben ser tan conocidas como aquellas, puesto que nadie me supo dar razón. ¿Podría decirmele?

—Sí, niña; ciertamente puedo decirte lo.

—Bien; entonces, si tenéis la bondad, decidme: ¿dónde habita la Alarma?

—En mi casa.

—¡Ah! ¿Qué bien me ha dirigido la suerte al encontraros! —dijo la Belleza, pero esta vez sin batir palmas—. Y la Melancolla, ¿dónde vive?

—En mi casa.

—¿Y la Afición? ¿Y la Desesperación?

—En mi casa.

—No me explique cómo en vuestra casa albergáis á tan opuestos huéspedes.

—Lo comprenderéis fácilmente cuando os diga que soy el Amor.

CATULO MENDES

## Fáciles amores.

La hetera quedó en actitud de recordar...

Tras aquella noche desenfrenada, tras aquellas horas transcurridas dulcemente entre la adorable brutalidad del deseo y la triste lucidez del hastío, la hembra insaciable, de blancas y durísimas formas, parecía disiparse, evaporarse ante mis ojos. Parecíame percibir los quejidos de la bestia que se alejaba para siempre.

Y me sentía invadido por un sentimiento mezclado de júbilo y pesar...

La hermosa, en aquella actitud pensativa, antojábase una magnífica estatua modelada por los dioses para que yo adorara en éxtasis su arte maravilloso.

Yo la miraba fijamente, sin atreverme á hablar. Tenía miedo de que mis palabras rompieran la tierna melodía que yo creía oír en el silencio de la contemplación.

En aquellos instantes de calma, de desmadejamiento del espíritu y de la materia, un refinado artista nos hubiera creído dos hermanos suyos enarbolados locamente de la mansa belleza del silencio.

Extinguido el arder, muerta la fiebre del deseo, sentía renacer en mi cerebro las ideas, más claras, más intensas, más puras, de una pureza casi sobrenatural.

Y concentraba toda mi atención en la

## DE UN HECHO DE ARMAS



—Y dice usted, mi amo, que esto fué á consecuencia del hecho?

—Sí, chica, sí; á consecuencia del lecho.

mujer poseída, como si quisiera transmitirle la esencia de todos mis pensamientos.

En su semblante dulce y triste vi encarnada la bondad, y en sus ardientes ojos negros, la sabiduría.

Y la santifiqué.

Era, pues, la mujer perfecta, la mujer soñada, cuya inteligencia luminosa se formó en solitarias horas de tedio, de dolor, de recuerdos, y cuya alma se sublimó en la desgracia.

Una de esas tardes de Otoño en que la monotonía desesperante de un cielo gris uniforme invita á la confidencia, y el frescor intenso del aire, como alentar fatigoso de la naturaleza que muere, hace sentir más honda á los tristes y á los humildes y á los soñadores la necesidad de un alma gemela capaz de comprenderles y de llover con ellos, una de esas tardes de Otoño,

ella me eligió para que gustara el amargor de su vulgar historia, que escuché propicio, casi devoto, pronto á la ternura y al perdón.

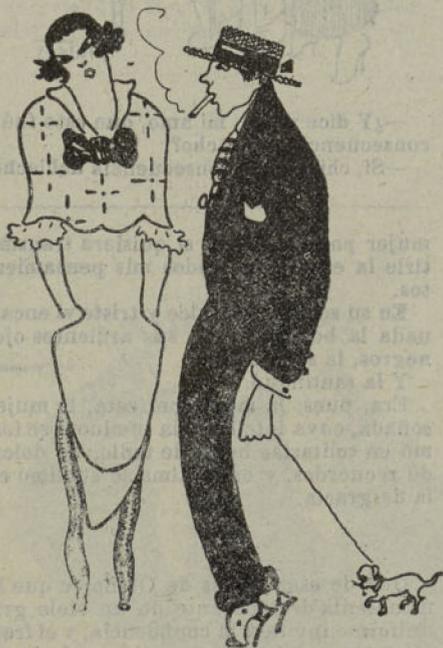
Fué la confesión sincera de una víctima del destino, que, á pesar de haber reído y haber besado, no logró beber en la verdadera alegría y en el verdadero amor.

Así lo adiviné en sus pupilas, que no se turbaron.

Era, pues, la mujer ideal, concedora de todos los secretos y de todas las impurezas, y todavía virgen, porque no había amado.

Sentí una necesidad irrefrenable de hacerla estremecer bajo la sensación de una caricia jamás acabada, y, hundiendo las manos en sus cabellos, enloquecerla, en

#### DE LA VIDA



—Popito, esto no puede ser. Hace cuatro noches que no le llevo un perro á mi hombre.

—Pues, por esta vez, como no quieras llevarle éste...

#### LOS NUESTROS



Ramiro Ruiz (Raffles).

*A Raffles, el ladrón, le conocieron muy pocos. En cambio, «El ladrón», de Raffles, lo conoce todo cristiano que tenga uso de razón. Porque sabrán ustedes que «El ladrón» lo escribió Raffles y lo firmó Martínez Abades. De Raffles es, pues, «El ladrón», «La chulapona», «El tic tac», «Sevilla» y un sin fin de cuplés que inmortalizarán su nombre y el de su colaborador musical, el maestro Larruga. ¡Como que son los dos primeros trimestres de la Sociedad de Autores!*

volverla en una promesa redentora de vida.

Para la hetera Inteligente, triste y hermosa, yo guardo siempre una pasión inmensa, una piedad infinita.

ADOLFO RUBIO

#### Viuda de José Lerin

Encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda. Reparte toda clase de periódicos y revistas

## EL DESFILE

**T**omar una resolución para el porvenir, es, muchas veces, ponerse de acuerdo con el Destino. Julia se había puesto de acuerdo con el Destino.

Las cosas no podían ser como habían venido hasta entonces.

No podía ser que ella amara con toda su alma y fuera correspondida por hombres y mujeres, con la epidermis solamente. No podía ser que la jornada de amor tuviera para ella veinticuatro horas todos los días, y minutos nada más, sólo algunos minutos, para el resto de los mortales con los que estaba relacionada. Y como había sido hasta entonces pródiga de su alma y de su sangre, quiso convertirse en avara de amor, por derecho propio y sin lugar á dudas ni remordimientos. Hizo entonces renuncia á todos los garbos de aquel antiguo vivir suyo, y se determinó á ser tan egoísta como cualquiera vecina de su barrio, como la primera mujer cuya presencia notara al asomarse al balcón inopinadamente: llenar con el Yo, individual y ciego, todos los espacios huecos de su sensibilidad, y vivir atenta sólo al contentamiento exclusivo de su cuerpo y al de su alma también, satisfecha por haberse emancipado, al fin, de los estúpidos quebraderos de cabeza de antaño...

¡Aquella colección de trapos, de rizos y de papeles manidos que se le habían antojado hasta entonces (¡oh, el candor arrebatado de las mujeres que tienen sensibilidad bastante para comprender cómo el amor invade hasta la raíz de los pelos), que se le habían antojado hasta entonces como pedazos palpitantes y vivos de los corazones cuyo contacto había sentido en la vida?

Aquéllos también, aquéello, como todos los detalles adjetivos é inútiles de su existencia, ¡al quemadero de las cosas inútiles!

Y á dejarse de quimeras de felicidad, para no preocuparse de otra cosa que de vivir tranquila.

Ha abierto el cofrecito de ébano donde conserva las cenizas de sus amores muertos, y va á comenzar la revista, el desfile. Pero ¡oh, Dios mío! aquello es sórdido como una fosa. Todo arrugado, desgastado, marchito, convertido en miserable resto de lo que fué un tiempo... Eso es el cadáver, y aún menos ó más que eso; porque

¿quién establece, quién es capaz de establecer las escalas ascendentes ó descendentes de la vida? Aquello es un osario. Puede, por consiguiente, mentarse la palabra «profanación» al decir que Julia lo removió brutalmente. ¡Iba á agostarlo!

## NOCHES VERBENERAS



—¿Y crees tú que esas socias podrán venir de mantón de Manila?

—De mantón, no lo sé; pero de Manila, desde luego.

Al principio fueron unas cintas y unas como á modo de flores completamente secas. Ruinas de cosas que habían tenido color y aroma. Pero ardía un buen fuego en la chimenea... Luego fueron unas cartas. Las leyó antes de aumentar con ellas las magnificencias de aquel fuego que templaba la habitación y hacía subir la calentura que le abrasaba á la mujer las entrañas... Las leyó como quien toma un veneno y sabe que va á morir. Una de esas cartas le hizo temblar las manos y un poco también los labios.

Se lee muchas veces como se bebe cuando se está sediento.

La leyó de un trago...

Aquella carta era una perdición. Como un implacable virus había corrompido el alma de Julia, convirtiéndola, de una muchacha honrada, en una de esas locas que pasan la vida sonriendo y cantando al otro lado del decoro.

«Mira, Julia —decía el papel escrito—: en amor, entregarse es asaltar. Yo he nacido para adorarte como adoran las almas religiosas a las imágenes seráficas del cielo. Ya sabes el culto arrebatado que inspira a las gentes del pueblo, allá en mi tierra, la Virgen del Carmen. Pues así. Exactamente igual que ése. De rodillas. Y en éxtasis. Y con los labios entreabiertos por la oración. Y con la frente baja, para que los ojos no se deslumbron. Y forzado de amor, y llevándolo disuelto por las venas, y sintiéndolo desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza. Qué, ¿sangre nada más por las venas? ¡Pues no; sangre y amor, en cantidades infinitas! Ya ves tú: ¡un amor eterno!»

«Luego venía un gran paquete de papeles escritos con letras diferentes, que eran como otras tantas piedras de escándalo en

las que Julia hubiera dado tropezones en su carrera.

¡Un calvario!

«Mañana, no; ni pasado, ni al otro. Estoy invitado a una partida de caza. Me irritan tus insistencias...»

Y seguía leyendo, y, aunque aquello era un suplicio, pedía más, insaciable, loca...

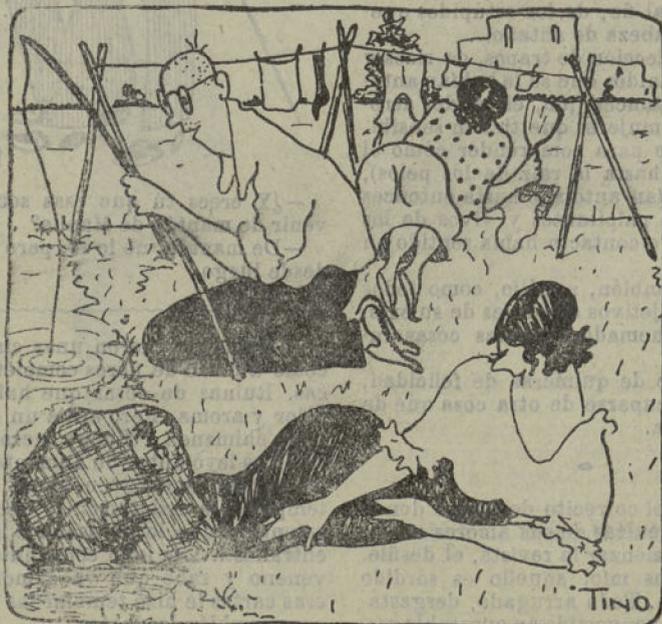
«Ahora sí que estoy contento y satisfecho de ti. Lo has dejado todo, lo has abandonado todo por seguirme, por ser mía, exclusivamente mía, por quitar de encima de mis hombros ese horrible peso imaterial de la duda que me agobiaba tanto, tanto, que, mira tú: ¡no me dejaba ni respirar siquiera!»

Y luego...

«Me lo han contado todo; lo sé todo, por consiguiente. Sé que no ha sido tu primer amante el Amor, sino el vicio. Sé que, aunque eres capaz de amar por completo, bifurcas tus sentimientos en tantas direcciones que... ya comprenderás, niña, niña mía, que eso no me conviene...»

Luego venía una carta que parecía manchada por las bascas del hastío, desde la cruz a la fecha. Peor que la crueldad y

## DEL VERANEO EN LAS PEÑUELAS



- Con pescar dos pececillos jóvenes para vosotras, me conformo.  
—No te molestes, papá. A nosotras lo que nos hace falta es pescar un viejo.

que el odio, peor que la traición y que el perjurio; porque era el Tedio, el Tedió, el Tedió hecho realidad concreta, y manchando, como una porquería, las timideces del papel y los encantos de la vida.

«Esto es hecho. No quiero proseguir más tiempo en la estúpida tarea de batir el amor frío. Tú podrás quererme mucho, no lo dudo; pero yo... He dado cuanto podía, cuanto tenía, ¡y no puedo más! Estoy cansado y me voy fuera, yo no sé, al mar ó al campo, para reponerme y volver de nuevo á la comedia insípida del vivir. No intentes escribirme, porque sería inútil. Tus cartas volverían á tu poder sin leerlas siquiera: conozco tu letra, ya sabes, casi tan bien como los lunares de tu cuerpo. Ni vengas tampoco á verme. Perderías el tiempo. Conque así...»

Una expulsión.

No quiso seguir leyendo. No quiso que el gabinetito aquel, tan mono, donde ocurría el desfile de sus ilusiones muertas, se trocara en cámara de tormento... ¿Es que se vive sólo para sufrir, y que el más justo y el más santo es el que sabe arañarse con más crueldad en las concavidades del pecho? Pues entonces, ¿quién es el miserable que no hace por que lo arrastren potros salvajes por esas calles de Dios, rebotando contra el suelo la cabeza?

No podía ser, y no podía ser. En la escala de mortalidad de las almas, hubo una baja.

Y eso fué todo.

ALEJANDRO SAWA

## SONETOS

### EL VIAJERO

A Lorenzo Millares.

Parándose al umbral de mi morada,  
su voz así me dijo, conmovida:

—¿Por qué llorar, cuando la misma vida  
ha de ofreceros la mujer amada?

Dejar á la tristeza abandonada,  
el alma de bondad ennoblecida,  
es abrirse los bordes de la herida  
que debiera al amor ser restañada.

¿Por qué á la lucha no aprestáis los bra-  
¿Por qué á la soledad os unen lazos [zos?  
y así vivís como en eterno sueño?

¿Por qué no vais al batallar humano...?  
—¡Porque el Amor, que era mi eterno

[dueño,  
me guardó una traición, viajero hermano!

## DE LA GOTA DE LECHE



—Corre, Sultán, que van á cerrar el establecimiento. Mira que si no corres, nos vamos á quedar sin Gota de Leche.

## SOSIEGO

A Fernando Redrao,  
inspirado pintor.

Cansado de vagar por los senderos  
del humano vivir, llamé á tu puerta,  
y mi voz, en arrullos lastimeros,  
rompió el silencio de la noche muerta.

Debiste comprenderme en la derrota,  
cuando me viste tu piadoso asilo,  
que así tornaba una ilusión remota,  
[rayo de luz en tu vivir tranquilo!

Abri mi pecho á tu bondad sincera  
y fui vertiendo mis pasados males  
como el que pronta redención espera.

Y al amor de tu amor, que me atraía,  
huyeron mis ensueños mundanales  
al pensar, con pasión, hacerte mía.

A. RODRÍGUEZ DE LEÓN

Agentes exclusivos en Sud América

MASIP Y COMPAÑÍA

RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España»

IMPRENTA

DE

Ediciones España

Calle de Santa Isabel, 45.

Apartado 547. MADRID Teléfono 1.843.

LA INGLESA

Primera casa en gomas  
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)  
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

# HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida á la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRÁFICO SEXUAL, y lo recibirá gratis por correo, reservadamente.

## Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturban ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieren conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, Fé, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo certificado, enviando 3 pesetas por Giro postal á *Archivo*. Apartado 432, Madrid.

## CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. = Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjanse únicamente á *Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada*.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—*Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos* á los señores libreros y correspondientes de España y América.